

MICHAEL D. O'BRIEN

EL PADRE ELÍAS
(UN APOCALIPSIS)

Traducción de Jordi Giménez Samanes

LIBROSLIBRES

I

CARMELO

El hermano Asno encontró al padre Elías entre las cebollas del huerto. El viejo monje estaba cavando en los bancales, sudoroso bajo el sombrero de paja, y el joven hermano sintió un momento de compasión por él.

—El padre prior quiere verle.

—Gracias, hermano.

—Dice que tiene que ir ahora mismo. No se moleste en lavarse. Vaya ya.

Hablaba con su acostumbrado torrente confuso de palabras, mal articuladas. Le llamaban hermano Asno a causa de su simpleza y su preferencia por las tareas domésticas que hubiera podido realizar cualquier bestia de carga. Elías, al pensar en él, lo hacía con el apelativo de «el pequeño».

—Vamos, vamos, dese prisa —dijo con molesta insistencia.

Con el ojo bueno reía; el malo lo guiñaba permanentemente, atravesado por una cicatriz. Era un palestino cristiano, flaco y larguirucho, un muchacho sin complicaciones al que no importaba ser insignificante.

La mayoría de padres y hermanos no le tenían en mucha estima. Era descuidado y faltaba a la Regla casi todos los días, aunque siempre mostraba un arrepentimiento sincero. La actitud de los demás hacia él solía ser paciente; en el peor de los casos, condescendiente, pero no era lo habitual. A Elías le gustaba mucho, y entre ambos existía un afecto sincero, aunque distante.

—Padre, me he enterado de que se ha recibido una llamada telefónica importante de Italia, hace una hora. Me lo ha

dicho el hermano Silvestre cuando hemos pasado por el vestíbulo después de la oración.

Se tapó la boca con la mano, mientras su único ojo sano se contraía por la vergüenza.

—Estoy seguro de que ni tú ni el hermano Silvestre teníais intención de romper el Silencio —dijo Elías.

—Es verdad, padre, no teníamos intención de romper el Silencio.

—Y estoy seguro de que mañana te acordarás de ser perfecto en el cumplimiento de la Regla.

—Sí, mañana seré perfecto en el cumplimiento de la Regla.

—Dios ve en tu corazón. Él sabe que le amas.

El pequeño asintió con la cabeza con énfasis ostensible.

—Cuando reces, cuando le estés pidiendo que te ayude a recordar las cosas, ¿querrás hacerme el favor de rezar también por mí, para que yo también pueda ser perfecto en el cumplimiento de la Regla?

—Sí, lo haré, padre.

—Te agradezco tus plegarias.

—Gracias, padre.

Se separaron en el pasillo, junto al despacho del prior. El pequeño salió a toda prisa en dirección a la iglesia, donde se arrodillaría ante la Sagrada Presencia y pediría perdón por haber fracasado un día más en su intención de no transgredir.

Elías llamó a la puerta.

El prior dijo: «Entre». Elías entró y esperó. El prior le ordenó que se sentara. Era alemán. La frente alta y abovedada, la solemnidad de las facciones, los ojos grises reflexivos, eran los rasgos de un escolástico, quizá un benedictino del norte. Pero Elías había aprendido desde hacía mucho tiempo a no juzgar por las apariencias. Aquel prior en particular no era lo que parecía. Permanecía de pie junto a la ventana, contemplando la bahía de Haifa y la puesta de sol en el mar.

—Es una cosa de lo más irregular, padre Elías. Me conturba la paz pensar en ello.

—¿Pensar en qué, padre prior?

—Su tocayo habitó en esta montaña sagrada hace tres mil años. Vino aquí para escuchar la voz de Dios.

Elías esperaba, sabedor de que los preámbulos no habían terminado. El viento rumoreaba inquieto entre los cenadores emparrados.

—Y la escuchó en la dulzura de la brisa, no en el tumulto del mundo que se afana por *proyectos*. Nuestra vocación es una llamada a escuchar. A adorar a Aquel que habita entre nosotros. Para eso vendría usted aquí. Para eso nació.

Elías asintió con la cabeza.

—En tanto que prior, se me ha concedido la gracia del discernimiento hacia mis hijos espirituales. Y ahora estoy afligido.

—¿Está afligido por mi causa?

—Pero discúlpeme, me he puesto a hablar sin explicarme. Se ha recibido hoy una llamada telefónica. Le llaman a Roma.

—¿A Roma? Pero si nuestra casa de Roma está llena a rebo-sar. Y aquí en cambio está prácticamente vacía.

—No es a nuestra casa de Roma donde le llaman, sino al Vaticano.

—¿Al Vaticano?

—He hablado esta tarde con un alto funcionario de la Secretaría de Estado. Poco después de hablar con él, ha enviado por fax los documentos necesarios. El mandato oficial y la información de su vuelo. Tiene que hablar con unos funcionarios de la Secretaría lo antes posible.

—¿Ha dado explicaciones acerca de la finalidad del viaje?

—Muy pocas. Será debidamente informado cuando llegue.

—¿Cuándo tengo que partir?

—Eso es lo que más me ha sorprendido. El hombre con el que he hablado expresaba cierta urgencia. Tiene que coger el

próximo vuelo del aeropuerto de Ben Gurion. Todo está preparado: visado, billetes. Roma ha arreglado los detalles directamente con las autoridades israelíes.

—Habrás tenido que dar algún motivo.

—Tan sólo ha dicho que se trata de un asunto relacionado con la arqueología.

—¿Arqueología?

—Su interés por la arqueología no es de ahora, ¿no es así, padre?

—Un interés de aficionado.

—Ha publicado usted artículos sobre arqueología bíblica en revistas internacionales.

—Sí, pero en modo alguno excepcionales. Meras especulaciones. Se trataba de exponer una espiritualidad basada en la arqueología bíblica, más que de ciencia estricta.

—Pues parecen haber atraído la atención del Vaticano.

—No hay ningún congreso sobre el tema previsto para un futuro próximo. No entiendo la urgencia.

—Yo tampoco. —El prior se había quedado mirando la superficie del escritorio.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera?

—El funcionario no ha querido decir nada al respecto. Es decir, sólo me ha dicho que hay cierto encargo que puede requerir su ausencia durante un periodo de tiempo considerable. Ha añadido que la duración de la misión no se sabía con exactitud, y que era de la mayor importancia.

—¿Y qué pasará con mis clases de teología? ¿Quién instruirá a los novicios?

—El padre Juan se encargará de ellos.

—La semana que viene tenía que dirigir las oraciones durante el retiro de Belén.

—Yo me encargaré.

El padre prior era un director de oración muy dotado y muy solicitado. Los dos hombres permanecieron sentados

en silencio por unos minutos, escuchando los pájaros vespertinos.

—¿Querría decirme el motivo de su aflicción?

—No estoy seguro. Presiento que le espera un grave peligro.

—¿Por la arqueología?

—Contamos con un Papa extraordinario, un hombre entregado al espíritu, así como al corazón y al intelecto: un santo. Pero está rodeado de enemigos. La Iglesia está en crisis hasta sus mismos fundamentos.

—Sí, sangra por múltiples heridas.

—Y las peores de esas heridas se las han infligido sus propios hijos. Roma es ahora mismo un lugar sin reposo. Permanente escenario de cambios ilusorios.

—Ha hablado usted de peligros.

—Sí.

—¿Qué tipo de peligros?

—De tipo espiritual. Ya se lo he dicho, este asunto me ha turbado la paz, y si le envío a Italia es por obediencia, porque, ¿qué sentido tendría nuestra vida sin la obediencia? Pero sé que le envío a alguna forma de peligro.

—No le temo a la muerte.

—La muerte —dijo el prior, exhalando un suspiro— podría ser el menor de los peligros.

—¿Puedo hablarle con franqueza, de hijo a padre?

—Naturalmente que puede. ¿Cree que soy incapaz de ver las similitudes que nos unen? Usted es un judío converso al que Dios ha elegido para que se haga carmelita, una rama salvada de entre las llamas. Y yo, un refugiado que ha huido del ateísmo alemán. Los dos somos exiliados que hemos vuelto a casa. Hermanos.

—Yo le venero como a un padre.

—Tres votos habrían bastado para intercambiar las sillas en que estamos sentados.

—El Espíritu Santo le eligió a usted.

—No me sorprendería que Él le eligiera a usted en la próxima elección. Moriría en paz si supiera que iba a ser así. Pero ahora ya no creo que eso vaya a suceder.

El padre Elías miró al prior con extrañeza casi divertida.

—¿No?

—He estado rezando después de la conversación telefónica. Y es como si algo me dijera que no volverá.

—Me appena oír eso. Este es mi único hogar, y usted es un amigo.

—Amigo. Esa palabra es un tesoro en sus labios. No es bueno tener ataduras, ¿verdad? Pero incluso en este lugar en que cultivamos la caridad universal, es imposible no ver que algunas personas están llamadas a caminar por la misma senda.

—Hace mucho tiempo que sigo sus pasos en esta subida al Monte Carmelo. Me ha enseñado todo lo que un padre puede enseñarle a un hijo.

—Si le hubiera enseñado a cargar con la cruz y a morir en ella, entonces se lo habría enseñado todo. ¿Le he enseñado yo esto?

—Lleva enseñándomelo desde el momento mismo en que llegué.

—¿Sabía que cuando llegó aquí pensé que no duraría mucho? Un judío. Un superviviente famoso del Holocausto. Un hombre poderoso en Israel. ¿Cómo una persona así iba a poder aceptar convertirse en un hombre oculto y de Dios? Por eso fui tan duro con usted al principio.

—Los hermanos solían decir que jamás se había visto un maestro de novicios tan riguroso.

—¿El Prusiano?

—Ah, ¿lo sabía? No era un apodo muy caritativo.

—Era apropiado. Yo también tenía mucho que aprender en aquel tiempo. Había rincones de mi carácter en que la fe no había penetrado. Nuestro tiempo causa en el alma sus peculiares heridas.

—Muchas veces me preguntaba si era que me ponía a prueba.

—Sí, yo le puse a prueba. Había en mí un debate interior sin resolver. No tenía la fe suficiente capaz de superar «barreras culturales imposibles». Yo daba sin más por sentado que los hermanos palestinos no iban a aceptarle nunca. Daba por hecho que traía al interior de estas pobres paredes la enfermedad de los hombres famosos: el orgullo, la capacidad para destruir las almas... y las comunidades. Estaba equivocado.

—Estaba en lo cierto.

El padre prior le observaba con firmeza.

—Estaba en lo cierto, porque no hay ningún hombre que esté libre de tal tentación. Todos tenemos que luchar contra ella, sea cual sea la forma que tome. Yo no sentía orgullo por el hecho de haber sido ministro del gobierno, ni porque dijeran que iba a ser primer ministro algún día. No me sentía orgulloso tampoco por mis libros. Me sentía orgulloso porque en mi interior seguía anidando un ideal secreto y persistente que me susurraba al oído que yo podía salvar al mundo. Que podía prevenir un nuevo holocausto. Pensaba que era como Dios. Un dios bueno y humilde, por supuesto.

—Ah, Elías —exclamó el prior, haciendo un gesto con la mano como para alejar aquel pensamiento—. No fue salvado de entre las llamas para nada.

—El fuego es una prueba. Purifica o destruye. Me costó años sacudirme la sed de venganza disfrazada de justicia. Estaba embebido de odio idealista: el peor de todos.

—Toda su familia fue aniquilada. ¿Cómo no iba a odiarnos?

—Lo hice, durante muchos años. Me convertí en un hombre frío, estaba muerto. Un caparazón. La gracia de Dios lo rompió en pedazos cuando me hice creyente.

—Pero no todas las cosas pueden arreglarse de un solo golpe.

—Es verdad. Cuando vine a esta casa traía la rabia conmigo. Rabia e indignación.

—Muchas veces me preguntaba cómo conseguía controlar la repulsa que debía sentir hacia mí.

—Yo no quería albergar ese tipo de sentimientos. Pero el acento alemán... Los gestos. Era demasiado para mí.

—Lo sé. Nunca habíamos hablado de esto, padre. Pero recuerdo el mes y el año en que lo perdonó todo, completamente. Sus ojos eran otros. Hasta aquel momento había perdonado mucho, pero no todo.

—Usted me enseñó a hacerlo.

—¿Yo le enseñé?

—Sí. Yo sabía que usted se daba cuenta de mi repulsa. Una persona con menos grandeza habría respondido comportándose con severidad, o peor aún, con amabilidad. Pero usted se mantuvo distante, y yo, poco a poco, fui entendiéndole. Tardé años, pero al final comprendí el gran acto de caridad que había hecho. Había renunciado a sí mismo para convertirse por siempre a nuestros ojos en el gran déspota teutón.

El prior replicó:

—El hombre proyecta sus heridas en el mundo, mi querido amigo. Lo juzga todo, y al hacerlo revela cómo es él en realidad. Algunos miembros de mi familia fueron perseguidos por Hitler. Sólo unos pocos, un número insignificante. Mi tío, que era cura, sufrió el martirio en Dachau. Pero la mayor parte de mis parientes contemporizaron, dormidos o asustados. Colaboraron con el mal. Varios de ellos fueron miembros del Partido, un primo mío perteneció incluso a las SS. Vaya una mezcla, mi familia.

—Un retrato del género humano.

—Sí, el género humano. No existen grandes diferencias entre unas personas y otras, entre unas naciones y otras. Sólo cambian las estaciones, la escenificación de los conflictos. Si yo hubiera sido un poco mayor, no sé a quién habría seguido, si a mi tío mártir o a mi primo héroe. ¿Le escandaliza oír esto?

—No.

—A mí sí me escandaliza, Elías.

—Era un chiquillo.

—Tampoco un chiquillo, como lo era usted. Es verdad que era muy joven durante el Holocausto. Técnicamente hablando, no cometí ningún pecado. Eso me sirve de consuelo, en determinados momentos, pero es un consuelo tibio. El Holocausto fue una advertencia al mundo entero. La nación más culta y religiosa de Europa permitió que lo impensable creciera en su seno. Mis parientes, mis vecinos.

Permanecieron sentados unos minutos en silencio hasta que el prior dio un respingo y se puso en pie.

—Será mejor que vaya a lavarse y a hacer el equipaje. El hermano Silvestre le llevará al aeropuerto por la mañana. No se ponga el hábito.

—¿Por qué no puedo ponerme el hábito?

—Ha habido incidentes en Roma. A varios curas y monjas les han escupido; algunos han sufrido ataques físicos. Cada vez ocurre con más frecuencia.

—¿Y si durante el viaje hay alguien que necesita confesarse? Si ve a un religioso siempre es posible que sienta el impulso de pedir ayuda. ¿Podemos negarle la oportunidad?

El prior se quedó mirando el suelo, pensativo.

—Como de costumbre, tiene razón, Elías. Llévase el hábito puesto.

Inclinó la cabeza para recibir la bendición del prior. Luego los dos hombres se abrazaron sin decirse nada más y Elías se fue a su celda. En ella rezó durante varias horas y durmió un sueño intermitente hasta que, hacia las cuatro de la mañana, vino el hermano Silvestre a despertarle.

Se dirigieron en automóvil hacia el sur, siguiendo la carretera principal de la costa, antes del alba. Mientras atravesaban los suburbios del norte de Tel Aviv, miró en dirección este, hacia Ramat Gan, donde él y Ruth habían vivido dos años. Se preguntó, como tantas veces, qué sería ahora de su vida si

jamás hubiera estallado aquella bomba. O si ella le hubiera hecho caso y hubiese ido a Jerusalén más temprano. Pero ella se había sacado de encima su nerviosismo con un encogimiento de hombros.

—Soy una *sabra*,¹ Dovidl. Estoy acostumbrada a la amenaza terrorista. Forma parte del paisaje.

Aquella tarde tenía que dar una clase en la universidad de Jerusalén, por lo que se retrasaría. Pero antes, dijo, se pararía a comprar un poco de queso feta, peras y bacalao ahumado en el mercado y lo dejaría en el frigorífico para la cena. Le regañó con ternura, y él le prometió que se alimentaría como es debido. «Vamos —le dijo él—, vete». Si se daba prisa a lo mejor llegaría a tiempo para la clase. Ella le dio un beso y se marchó. Al cabo de media hora oyó la explosión desde la oficina, y supo lo que había pasado. No habría podido explicar cómo lo había sabido, pues entonces no era creyente. En aquella época sólo creía en Israel y en Ruth.

El hermano Silvestre dejó atrás Ramat Gan a una velocidad ligeramente superior a la permitida, y por fortuna entraron en el centro de la ciudad antes de que el tráfico se complicara de verdad. Facturaron en la terminal del aeropuerto de Ben Gurion hacia las ocho. Hubo varias cejas arqueadas entre los miembros de seguridad cuando vieron el hábito, pero el nombre en el pasaporte y una rápida y enérgica consulta entre los agentes le permitieron pasar sin que tuviera que desnudarse para el cacheo, una práctica destinada más a la humillación que a la prevención del terrorismo.

—Tiene suerte de tener amigos en la Knesset —dijo un guardia.

A las nueve en punto, el padre Elías estaba a bordo del avión de la mañana a Roma. Tenía asiento junto a la ventana. Hacía muchos años que no volaba, y disfrutaba de cada sensa-

¹ *Israelí nacido en Israel. (N. del T.)*

ción de forma inmensa. El reactor se elevó en pronunciado ángulo sobre el Mediterráneo, que era ya una lámina de plata líquida.



Sus dos compañeros de asiento apenas repararon en su presencia. La mujer de mediana edad sentada a su lado lucía bisutería de plástico amarillo y olía a gardenias. Iba leyendo una novela francesa de intriga. En el asiento junto al pasillo, un hombre quemado por el sol y vestido con una camisa floreada azul tecleaba en un ordenador portátil. Elías se quedó medio dormido hasta que pasaron con el desayuno.

La azafata sirvió el refrigerio a sus dos compañeros de asiento con intercambios de sonrisas y de frases cordiales. A él le sirvió sin dirigirle la mirada y sin responder a su agradecimiento. Él lo achacó a distracción. Pero cuando al cabo de media hora volvió para llevarse las bandejas y repitió con ellos las mismas muestras de calidez y exageró con él la frialdad, pensó que su actitud era deliberada. Rezó una oración por ella y resistió a un fugaz atisbo de paranoia.

En la película que pusieron durante el vuelo se planteaba un conflicto legal entre los abogados de una superpotencia occidental anónima y un líder religioso neurótico. Los jóvenes e idealistas abogados, hombre y mujer, eran guapos, inteligentes, brillantes, moralistas (al margen de sus intercambios sexuales esporádicos) y estaban decididos a salvar al mundo de los fanáticos. Por el contrario, el líder religioso era un tipo sencillamente odioso. Entre lavados de cerebro y actos de violencia sexual, no dejaba de repetir a voz en grito su fidelidad a «mi Señor y Salvador Jesucristo». En el clímax de la película, llevaba a todos sus seguidores al suicidio colectivo. El padre Elías se preguntó qué tipo de progresos

históricos se había perdido desde que ingresara en el monasterio veinte años atrás.

La azafata volvió y repitió su pauta de conducta de amabilidad selectiva. Esta vez traía un repertorio de periódicos y revistas. Elías eligió el *Jerusalem Daily News* y *Worldview*. Este último no lo había oído nunca. La cabecera le proporcionó la información de que se trataba de un semanario dedicado a acontecimientos internacionales, con ediciones en inglés, italiano, español, alemán, japonés y francés. Tirada mundial: siete millones y medio de ejemplares. El rostro que aparecía en la portada le era desconocido: un hombre de aspecto distinguido, con la cincuentena cumplida pero no por mucho. El titular de la foto decía con letras resaltadas: «Un nuevo presidente para la Federación de Estados Europeos».

La crónica especial hablaba del rápido ascenso del Presidente, de su formación, de sus numerosos logros, honores y cargos de responsabilidad. Una figura dotada de cualidades humanas excepcionales. Había un pasaje dedicado a su filosofía sociopolítica. Era por encima de todo y antes que nada un humanista, según parecía. Allá donde iba hablaba de «forjar una civilización global» y del «renacimiento de una apuesta fundamental a favor del hombre».

En una alocución la semana anterior ante el Tribunal Internacional de los Derechos Humanos de La Haya, había dicho: «Por culpa de la violación generalizada de los derechos humanos durante el pasado siglo, hemos sufrido una pérdida de confianza en el hombre». Recordaba a los juristas que la era de los estados nacionales que se hacían la guerra los unos a los otros por la adquisición de territorio estaba llegando a su fin. «Ahora que ya nos encontramos en el comienzo del tercer milenio de nuestra era, la humanidad al completo debe volver su mirada hacia el futuro y aceptar que nuestro destino colectivo abraza todo lo que es humano, en su totalidad, incluido el concepto de hombre en tanto que ser espiritual.»

Elías hizo una pausa.

Desde luego este era un líder que estaba por encima del nivel medio de los políticos. Un filósofo tal vez.

La mujer sentada a su lado dio unos golpecitos sobre la portada de la revista.

—*C'est beau ça! Le monde a besoin de cet homme.*

Elías le dijo en francés que estaba de acuerdo con ella en que el Presidente decía algunas cosas que eran importantes. Cosas que eran verdad. Sí, en efecto, aquel hombre podía hacer algo bueno por el mundo.

Ella le miró de soslayo.

—*¿Algo bueno?* Pero si este hombre es lo mejor que ha producido Europa desde la Guerra. Es el hombre que estábamos esperando. Está alerta, ya lo verá. Es nuestro hombre.

Elías asintió con la cabeza y volvió a concentrarse en el artículo. Informaba de que el Presidente se encontraba aquellos días en su residencia en las cercanías de Nápoles, descansando de una larga gira de conferencias y discursos.

La mujer se inclinó sobre él y señaló por la ventanilla.

—Mire. Ya se ve el talón de la bota. En un minuto cruzaremos la línea costera de Italia.

Elías le ofreció intercambiar los asientos, y ella aceptó encantada. El hombre sentado junto al pasillo levantó la vista de la lectura y dijo en inglés:

—¿A ver el Vaticano?

—Sí, así es.

—Roma es una ciudad fantástica. ¿La conoce?

—No.

—¿Israelí?

—Sí.

El joven no necesitaba decirle a Elías que era norteamericano.

—¿Regresa usted a los Estados Unidos?

—Ahá. De permiso.

—¿Ya no?

—Me temo que no. Renuncié hace tiempo, una Cuaresma.

—¿Por qué renunció?

—La cosa no marchaba. Aunque tampoco es que haya marchado nunca demasiado bien, ¿no? ¡Demonio! ¡Siguen empeñados en entrar en el siglo XXI galopando a lomos de un caracol! La Edad Media ya pasó, amigo.

Y a continuación procedió a instruir al fraile en las múltiples locuras de la doctrina de la Iglesia.

—Yo estuve en la conferencia de la ONU sobre población, en calidad de observador. ¿Sabe lo que se decía en los pasillos? Decían que el mundo tiene hoy en día dos problemas principales: el primero, que sobran en el planeta tres mil millones de personas, que para ir bien tendrían que desaparecer; y el segundo, la Iglesia Católica Romana. Que para ir bien, tendría que desaparecer.

—Leí varios artículos sobre la conferencia y no vi ninguna observación en ese sentido.

—Porque son las cosas que los delegados decían en los pasillos, en conversaciones privadas, ya sabe. Los discursos públicos eran otra cosa: documentos de trabajo y toda la parafernalia. Ahí se puede leer entre líneas como mucho, pero no te lo dirán claro y en voz alta, al menos no lo que la gente piensa de verdad. Aun así, el Papa de ustedes rechazó la mayoría de las declaraciones de la conferencia. Haría mejor en dorar la píldora, y rápido, si no quiere perder lo que le queda.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir es que su Iglesia es lo único que se interpone en el camino para hacer de este planeta un lugar más saludable en el que vivir.

—Quizá se le pasa por alto la China comunista.

—Allí las cosas están cambiando. Están aplicando un control muy rígido al problema de la población. El capitalismo

avanza con paso firme, y hay ya elecciones previstas para dentro de un par de años.

—Resultará que los chinos son maestros del ilusionismo.

—De momento lo que es innegable es que llevan un control de la natalidad exhaustivo y que practican el aborto preceptivo.

—Si eliminamos a tres mil millones de personas para hacer que este sea un lugar supuestamente más saludable en el que vivir, ¿qué tipo de lugar sería? ¿Usted desearía vivir con las personas que quedasen?

—Mire, estamos en la era de la democracia, y ustedes siguen empeñados en implantar una monarquía medieval, allá en Roma. Los obispos de los Estados Unidos, al menos, lo hacen mejor. Ellos intentan descentralizar, restituir el poder a los gobiernos regionales.

—Algo he oído.

—Tampoco es que importe mucho, porque no creo que les queden allí muchos creyentes.

—Cincuenta millones.

—¿Cuántos de ellos escuchan lo que dice el Papa?

—No lo sé.

—Pues dese una vuelta por allí. Mire a su alrededor, amigo. El mundo está cambiando a toda velocidad.

El americano abrió el semanario y se puso a leer para sí.

Elías miró por la ventanilla y vio un paisaje montañoso. Los Apeninos. El reactor se ladeó de forma imperceptible e inició la lenta maniobra de descenso hacia Roma. Por la ventanilla del otro lado del pasillo vio la costa occidental de Italia y una bahía que debía de ser la de Nápoles.

Abrió su ejemplar de *Worldview* y buscó las páginas de religión. Bajo el titular: «Un grupo de teólogos de todo el mundo rechaza la última encíclica papal», leyó lo siguiente:

«Hace seis décadas Albert Einstein rechazó la idea de la existencia de un Dios antropomórfico y declaró su amor por la

belleza, el misterio y la contemplación de la “maravillosa estructura del universo”. Los teólogos de la época se inquietaron al ver que se desentendía de la tradición del judaísmo y del cristianismo, que afirmaba que Dios existía más allá y por encima de su creación. Pero la teología ha alcanzado la mayoría de edad, y el sempiterno papel del teólogo como sirviente del papado ha desaparecido para siempre. Una nueva generación de pensadores religiosos lucha por abordar las realidades trascendentes desde una perspectiva más amplia.

»Reunida la pasada semana en Tubinga, Alemania, la Asociación Internacional de Teólogos Católicos elaboró una respuesta definitiva a la última encíclica del Papa. El resultado de sus esfuerzos no ha sido otra cosa que una pequeña obra maestra, un manifiesto coherente a favor de una visión religiosa a la altura del siglo XXI. El copresidente de la asociación, el doctor Felix von Tilman, exsacerdote y actual director del Instituto Gaia de Estudios Religiosos y Políticos, habló en nombre de los cinco mil miembros repartidos por todo el mundo al decir: “Ha llegado el momento de que la comunidad humana dé un salto cuántico con respecto a su teología creacionista. Las antiguas distinciones entre los reinos vegetal, animal y humano han demostrado ser desastrosas para el planeta. Los seres pensantes no pueden seguir aceptando sin cuestionárselas las manifestaciones, de una estrechez de miras trágica, de los jefes y bonzos, los ayatolás y los gurús”.

»Aunque el doctor Von Tilman no hizo acusación alguna al actual Papa ni estableció una relación directa entre las tiranías religiosas del pasado y el papado en su forma contemporánea, sí expresó la profunda preocupación de los teólogos del mundo ante el hecho de que la encíclica del Papa, *Sobre la libertad y la persona humana*, no se haga eco de las últimas novedades en el ámbito de la teología y la espiritualidad, aquello que Tilman llama “ecumenismo profundo”. Según afirma, existe un consenso entre los teólogos en el sentido de que el

documento del Papa sobrevalora el concepto de *verdad absoluta* en detrimento del diálogo entre las diferentes religiones del mundo.

»En su intervención en la tribuna, la doctora Mary-Beth Miller, OSVM, de Milwaukee, Wisconsin, anterior presidenta del Consejo Internacional de Superioras de Religiosas Femeninas, manifestó el apoyo de su organización al documento de la AITC e hizo un llamamiento al Vaticano para que reconsiderase su posición en materia de teología moral.

»Hablando con calma y convencimiento, señaló a la asamblea que “las jerarquías tienden a degenerar en tiranías. En la Iglesia actual hay todavía vestigios activos de la Iglesia inquisitorial, fuerzas que actúan en contra del progreso de la humanidad hacia una era de armonía universal. Hay que enfrentarse a ellas cada vez que afloran y reducirlas a la incapacidad. Al pueblo de Dios se le ha conferido ya la autoridad que le es propia”.

»Con el apoyo de numerosas citas de la reciente encíclica, demostraba que la Iglesia de Roma se aferra a una especie de autoridad absoluta sobre la conciencia, que según ella es incompatible con el concepto de *libertad personal* y se contradice con los objetivos que la encíclica asegura defender. La forma en que el Vaticano ha venido manipulando a los teólogos, prosigue, es un ejemplo palpable de su verdadero punto de vista acerca de la libertad. “El fomento por parte de los jerarcas de la mala teología no merece el nombre de *Iglesia*, sino que es algo a lo que debería llamarse por su verdadero nombre —concluía—. Su nombre es *injusticia*. Su nombre es *sacrilegio*.”

»El arzobispo de Nueva York, Raymond Welland, sumó también su voz al creciente coro de disidentes, cuando dijo en la homilía de la misa de clausura del encuentro: “Bajo este pontificado la Iglesia ha dado muestra de un flagrante desprecio por la voz del pueblo. Esta voz es, en un sentido profundo, la voz de Dios. Llevamos demasiado tiempo ignorando el

magisterium de la gente corriente a favor de un hombre aislado sentado en un trono solitario de la lejana Roma, y que nos pide una obediencia ciega”.»

Elías movió la cabeza en señal de negación con gran lentitud.

Las ruedas del avión tomaron contacto en aquel momento con la pista de aterrizaje, y la sacudida del aparato imposibilitó la vuelta a la lectura.

Sólo consiguió pasar la aduana después de considerables dificultades. Tuvo que someterse a un interrogatorio por parte del jefe de seguridad del aeropuerto, que le disparaba las preguntas una tras otra sin darle tiempo a responderlas. Dos guardias, uno de ellos una mujer, le hicieron desnudarse por completo para cachearlo. También el equipaje se lo registraron meticulosamente. Cuando por fin pasó la barrera de la aduana se sentía algo confuso, y no estaba preparado para encontrarse con su comité de recepción.

«He leído miles de libros, y este es desde luego uno de los grandes. Espero que llegue a decenas de millares de lectores y que todos se conmuevan como a mí me ha pasado. Es una novela que a uno le atrapa lo mismo que un thriller, porque es realmente un thriller, pero también es verdad que tiene algo más profundo.» —*Sheldon Vanauken*

«El padre Elías es algo maravilloso, una gran novela. Pero es algo más que eso. Basándose directamente en las Escrituras y en la experiencia humana, O'Brien ha escrito una obra profética y un manual de guerra espiritual. Esta arrebatadora obra maestra conducirá su imaginación en la dirección correcta. Léanla y recen.» —*Stratford Caldecott*

MICHAEL D. O´BRIEN

Michael D. O´Brien (Ottawa, Canadá, 1948) ha escrito numerosos libros de ensayo y ficción, entre los que cabe destacar la serie de novelas, a la que pertenece *El padre Elías*, que agrupadas bajo el título de *Hijos de los últimos días* le han dado a conocer internacionalmente con gran éxito de crítica y público. Como artista y pintor autodidacta, es autor de una valiosísima obra pictórica que se expone en muchos museos e instituciones de todo el mundo. Es, asimismo, director del *Nazareth Journal*, una revista familiar católica, y vive con su mujer y sus hijos en Combermere, Ontario.

